

Contra la confusión

Días de esplendor

El poder no juzga la huelga del 27-E por lo que ha sido, una hermosa jornada de abstención laboral, sino por lo que no podía ser, un rechazo unánime de la prepotencia política, como el 14-D, que ahora está enlazada con la del capital financiero y la industria editorial. Pero la protesta cívica ha sido de tal envergadura que en un régimen liberal o democrático habría hecho dimitir al gobierno. La circunstancia española es única. Para durar sin ideología, necesita de la contradicción visible y la mentira descarada. No hay incoherencia mayor que la de ampararse en la universalidad del 14-D para negar la generalidad del 27-E, que la de legitimar una huelga pasada, ¡para huelga, aquella!, envileciendo la huelga presente. Y no hay mentira tan denigrante como la retransmitida en directo contra la evidencia de la propia experiencia. Se ha caído ya en la perversión de la propaganda totalitaria. Que al no estar dirigida contra la capacidad humana de razonar, sino contra el instinto animal de percibir, destruye la seguridad que las bases sensoriales del conocimiento prestan al criterio. El espectador de la realidad desconfiaba de lo que ve por sí mismo, hasta que los medios de comunicación le dicen lo que está viendo. ¡Una normalidad! No una huelga generalizada.

El sentido común se refugió, durante la última generación cultural de la dictadura, en la sociedad familiar y civil. El discurso público no interfería la vida privada. La España oficial y la España real se vivían como una doble vida. Con no meterse en política, acudir a los cenáculos de la clandestinidad o reír los chistes de la situación bastaba para entender el sentido de lo que se veía y se decía en público. Pero la diferencia entre la realidad y su representación mediática está llegando ahora a un grado de perversión que nos hace dudar de la realidad misma. La mitomanía del poder actual, y la de sus medios de comunicación paranoícal, nos ha obligado a verificar, como si fuéramos hombres de ciencia, la verdad del entorno físico captado el 27-E por los órganos sensoriales. Cuando se duda de los propios sentidos, lo demás es un lujo intelectual despreciable. Lo que nos importaba saber ese día, por culpa de los medios, no era ya el sentido político o laboral de la huelga, ni su dimensión histórica. Sino, humildemente, si esa inaudita jornada estaba o no ocurriendo. Lo peor era que esa inverosímil situación se producía con libertad de expresión. Una libertad de monopolio que fue utilizada para hacernos desconfiar del imperio de nuestros sentidos, de la base instintiva de la moral y la razón política.

La huelga ha triunfado en la realidad y ha fracasado en la representación mediática de esa realidad. La huelga general, que no podía ser soreliana (revolucionaria o proletaria), ha separado a los españoles con un criterio distinto al tradicional. La clase social no es la que nos ha situado a la izquierda o la derecha del fiel de la balanza de poder. El «estatus» de representación en la pirámide social nos ha colocado arriba o abajo del nivel de realidad estatal. El hiperrealismo está en la gran banca, el gobierno, el noventa y dos por ciento del parlamento y de los medios de comunicación, la Bolsa, los hipermercados, la gran patronal, los subvencionados, la policía y los servicios mínimos. Estos pilares de la representación estatal decidieron que el 27-E pareciera una normalidad cotidiana. Y que el sub-realismo del mundo laboral y ciudadano se convenciera de que había sufrido un espejismo. Tan violenta y descarada ha sido la desfiguración de la jornada por sus narradores públicos, que la poca inteligencia crítica que supervive ha vuelto a los cenáculos. No para valorar la huelga con ideas o análisis, como cabía esperar, sino para saber, por intercambio de experiencias personales, si un día de esplendor alumbraba la esperanza, o si, como pregonaban las voces mediáticas, caían chuzos de punta sobre los ciudadanos.

TRIBUNA LIBRE

...Eppur si muove

[JUAN FRANCISCO MARTIN SECO]

AUN cuando esta sociedad posee poca memoria, ¿quién no recuerda aquella mañana del 14 de diciembre, cuando desde la oficina del portavoz del Gobierno se afirmaba, solemnemente, que la huelga general había fracasado porque el consumo de energía eléctrica era similar al de cualquier otro día? Aquellas palabras y el esfuerzo de algunos miembros del Partido Socialista por convencernos de que todo era normal, sirvieron en los días posteriores de mofa y bafa. El contraste entre aquel discurso y la realidad resultó tan grande que sólo consiguieron desacreditarse ante la opinión pública.

La mañana del 27 de enero ocurrió algo similar: en esta ocasión fue el tráfico. La huelga general había fracasado porque el tráfico era el usual. Poco importaba que los autobuses, el metro y los demás transportes públicos circularan vacíos; donde se demuestra que los servicios mínimos fijados no eran necesarios, y por lo tanto abusivos, y por lo tanto anticonstitucionales, y por lo tanto que se violó un derecho fundamental. Poco importaba que se tardase en recorrer cualquier trayecto la mitad o la tercera parte del tiempo habitual, poco importaba que secundar la huelga de ninguna manera fuera sinónimo de quedarse amarrado a la mesa camilla de casa. La huelga había fracasado. Lo decía «la biblia», «las escrituras».

Entre las dos mañanas había, sin embargo, una diferencia.

Ahora el Gobierno no se encuentra solo. Enormes intereses económicos están en juego. Las medidas en proyecto significan una modificación profunda del modelo económico y social que marca la Constitución. Sustanciales beneficios para unos y perjuicios sin límite para otros. El Gobierno en esta tesitura se encuentra arropado, protegido. No vio la necesidad de comparecer, ni de hacer manifestaciones. Otros, con una careta de objetividad y aparente neutralidad hablaban por él. Y

medios de comunicación, públicos y privados, si es que esa diferencia tiene aún sentido cuando la subsistencia de muchos de ellos está dependiendo de subvenciones, existen muchas formas de subvencionar, de concesiones o de favores gubernamentales.

Antes de la huelga hablé de la conjuntura del silencio, ahora, deberíamos hablar de la conspiración de la ocultación, de la deformación. La huelga tenía que fracasar, debía fracasar, había que amarrarse a cualquier argumento. Unos, los más groseros, los de la antigua derecha, lo hicieron burdamente, y se les notaron demasiado las intenciones; otros, más elegantes, más sibilinos, como corresponde a la derecha nueva, supieron intoxicar de manera más fina y delicada.

El contraste entre la información y la realidad era tan evidente —sólo había que salir a la calle para confirmarlo— que quizás uno de los hechos más tristes de esa jornada fuera comprobar hasta qué punto la información estuvo manipulada, adulterada y teledirigida. Y si esto es así en algo tan claro como una jornada de huelga, podemos comenzar a entender que es lo que ocurre en unas elecciones generales.

El Gobierno, los de arriba, la sociedad satisfecha, pueden, si quieren, negar la realidad... «pero se mueve». Pueden hablar de normalidad, inventarse porcentajes y manipular a su antojo la información, pero alguien continuará repitiendo... «pero se mueve». Pueden cerrar los ojos y encastillarse en sus dogmas liberales, fruto de intereses y

El Gobierno
cometería un
error político si,
tras el 27-E,
ignorase la voz
de la calle

no me estoy refiriendo principalmente a la patronal, que está en su papel —sólo que se le vio el plumero y el miedo que tiene a que la reforma se aborte—; se juega mucho en ella, y de ahí su cinismo cuando la crítica y la juzga insuficiente. Me refiero a los otros, a los ocultos, al poder en todas sus manifestaciones, económico y político, y a esa avanzadilla que constituyen la gran mayoría de los

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

El PKK y Turquia

Sr. Director:
Con referencia a la noticia publicada en EL MUNDO (7.1.94), pongo en su conocimiento lo siguiente: El vínculo orgánico entre el diario Özgür Gündem y la organización terrorista PKK ha quedado establecido a través de las declaraciones hechas por miembros del PKK que fueron detenidos e interrogados. También ha

sido comprobado que personal de dicho diario recibió entrenamiento en campos del PKK y que el diario se edita siguiendo las instrucciones emanadas de la cúpula de PKK, y, especialmente del dirigente de dicha banda, Abdullah Ocalan. Con fecha 10 de diciembre de 1993 la Policía procedió al registro de los locales de dicho periódico con un mandamiento judicial.

Tras los interrogatorios pertinentes, 88 personas fueron puestas en libertad y 19 detenidas a la espera de la conclusión de las investigaciones oportunas. En el registro, se incautaron de dos

armas de fuego sin licencia, un cargador, seis balas, recibos por valor de 400 millones de liras turcas portando el sello del ERNK (rama del PKK), documentos de identidad que pertenecían a soldados asesinados por el PKK y que tenían marcas de balas, y abundante documentación ilegal perteneciente al PKK.

Como es sabido, ciertos diarios de países de Europa occidental están también sujetos a registros policiales con mandamiento judicial cuando la autoridad competente así lo estima necesario. El registro que la Policía turca llevó a cabo se fun-

damentó en principios similares. El material incautado durante el registro debería ser tenido también en consideración a la hora de hacer cualquier valoración, puesto que no hay justificación alguna para que un periódico esté en posesión de documentación ilegal, armas sin licencia, municiones, etc.

NABI SENSÖY
Embajador de Turquía
Madrid

Instituto Cervantes:
una estafa

Sr. Director:
Otro fraude del